

James W. AAGESON, *Paul, the Pastoral Epistles, and the Early Church*, Peabody (Massachusetts): Hendrickson, 2008, 235 pp., 15,5 x 23, ISBN 978-1-59856-041-1.

Por lo que respecta a los estudios paulinos, uno de los campos de investigación actuales más importante es el de la relación entre los escritos atribuidos sin discusión al Apóstol, aquellos sobre los que no hay una posición unánime y el legado que la Iglesia recibió del Apóstol. La obra de Aageson se sitúa en esta perspectiva, concretamente a través del análisis de las Cartas Pastorales y su relación con la Iglesia postapostólica, con los escritos de los Padres de los tres primeros siglos de la era cristiana, y con uno de las primeras obras apócrifas más conocidas, los *Hechos de Pablo y Tecla*.

El libro de Aageson se estructura en ocho capítulos: 1) Pablo, las Cartas Pastorales, y el legado paulino; 2) Las Cartas Pastorales y sus modelos teológicos; 3) Las Cartas Pastorales y Pablo: una comparación de modelos; 4) Autoridad apostólica, imágenes de Pablo, y el desarrollo de las escrituras paulinas; 5) Pablo, las Cartas Pastorales, y la Iglesia postapostólica; 6) Pablo, las Cartas Pastorales, y la Iglesia primitiva: Ireneo, Tertuliano, Clemente, Orígenes, y otras figuras tempranas; 7) Pablo, las Cartas Pastorales, y los *Hechos de Pablo (y Tecla)*; 8) Resumen y conclusión.

El contexto de la investigación de Aageson es el de los estudios que intentan situar la teología de las Cartas Pastorales en el amplio espectro del desarrollo de la tradición paulina. Una primera lectura de estos escritos pone claramente de relieve algunos de sus temas centrales: la figura y la autoridad de Pablo, las características de los buenos ministros, una situación específica de las comunidades cristianas a las que se dirigen, la importancia dada a custodiar la pureza del depósito de la fe, las pequeñas pe-

ro constantes «fórmulas» cristológicas, las exhortaciones a los miembros de la familia, etc. Todas estas características hacen de estas cartas unas piezas realmente singulares.

Después de cada capítulo, Aageson llega a una serie de conclusiones que, en las páginas finales (108-110), aparecen resumidas y, por así decir, entrelazadas. En su opinión, las *Pastorales* son posteriores a la muerte del Apóstol, pero anteriores a las cartas de San Ignacio de Antioquía. Los modelos teológicos representados en ellas se caracterizan por un lenguaje y un desarrollo cristológico postpaulinos (salvador, epifanía, mediador), por diferentes y más maduras preocupaciones eclesiales (la casa de Dios y las cualidades apropiadas de sus dirigentes), y por unas nociones sobre la verdad y la creencia correcta mejor expresadas (el «buen depósito»). Del mismo modo, siempre según el autor, estas cartas no reflejan apenas las preocupaciones centrales de *Romanos* y *Gálatas*, pero sí se fijan en temas más propios de la vida cristiana en los años finales del siglo I en el Imperio Romano. Por otro lado, los ecos sobre ellas y sobre sus temas en las cartas de Ignacio de Antioquía muestran que este obispo ya las conocía.

De todos modos, el estudio de Aageson va más específicamente dirigido a analizar qué lugar ocupan estas cartas y su teología en el desarrollo de la tradición paulina. Según él, estos escritos son un intento de crear una determinada concepción de la autoridad paulina y un consiguiente modo de concebir y vivir la verdad y la correcta doctrina. Aageson no se decanta claramente por los que hablan de una situación de conflicto en el cristianismo primitivo –y,

con ellos, por la idea de que la herejía precede a la ortodoxia, tal y como sostiene Arland Hultgren—, esto es, por los que hablan de una especie de lucha temprana por desarrollar y transmitir de un modo concreto una serie de ideas teológicas. De todos modos, parece encuadrar en este marco a las Cartas Pastorales, las cuales, según él, transmiten una imagen altamente idealizada de Pablo. En todo caso, según Aageson, la forma de concebir la autoridad paulina y la influencia de sus cartas fue diferente en las diversas regiones del cristianismo de los orígenes, siendo especialmente intensa en Asia Menor y en las zonas ligadas a ella.

El trabajo de Aageson va dirigido específicamente a los colegas exégetas y a los estudiosos de los orígenes del cristianismo. Sus conclusiones abordan temas delicados, que afectan a cuestiones tan centrales como la naturaleza de la verdad cristiana o a la unidad de la Iglesia. Han de ser tratados, por ello, con detenimiento y por especialistas en la materia, teniendo en cuenta que, en estos campos, se hace especialmente necesaria una correcta comprensión de la relación existente entre Revelación, Tradición y Sagrada Escritura.

Juan Luis CABALLERO

Francesca CALABI, *Storia del pensiero giudaico ellenistico*, Brescia: Morcelliana, 2011, 284 pp., 15,5 x 22,5, ISBN 978-88-372-2413-4.

El pensamiento judío de la época inmediatamente anterior y posterior a Jesús y Pablo, de un modo muy especial en la diáspora, está profundamente marcado por el helenismo. En esos lugares se dio una fructífera simbiosis entre la tradición judía y la filosofía heredera de la gran época clásica, y de la que la teología cristiana se vio enormemente beneficiada. Pero la expresión «pensamiento judío helenístico» es muy amplia, y comprende tanto al ámbito de la filosofía como a los campos teóricos abordados por otras obras de carácter literario, escritos religiosos, elaboraciones apologéticas y parenéticas.

Cuando pensamos en «filosofía judía helenística» —Calabi explica el significado de esta expresión en la introducción de su libro—, el primer nombre que se nos viene a la cabeza es el de Filón de Alejandría, autor que claramente recurrió en sus obras a categorías filosóficas, en diálogo con el platonismo, el aristotelismo, el estoicismo

el epicureísmo y otras corrientes de la época. Junto a la obra de Filón, podemos situar otras que, sin embargo, tienen un origen muy diverso, tanto desde el punto de vista de su ambiente conceptual como geográfico: el libro de la *Sabiduría*, *José y Aseth*, la *Carta de Aristeeas*, etc. Todas ellas, sin embargo, son manifestaciones de un pensamiento, al que no es sencillo ponerle un marco definido.

En la introducción, Calabi expone someramente las diferentes denominaciones que se suelen dar al pensamiento judío helenístico, y habla del período histórico de referencia y de los lugares geográficos en los que se desarrolla, especialmente el norte del actual Egipto. El libro se articula en diez capítulos: Grecia y Oriente; Exégesis y comentario; Filón de Alejandría; Los esenios y Qumrán; La literatura sapiencial; Los Libros de los Macabeos; Identidad, conversión, observancia; Componentes apocalípticas; Jesús y Pablo; Historiografía